

notas de coyuntura social

MAY 2026

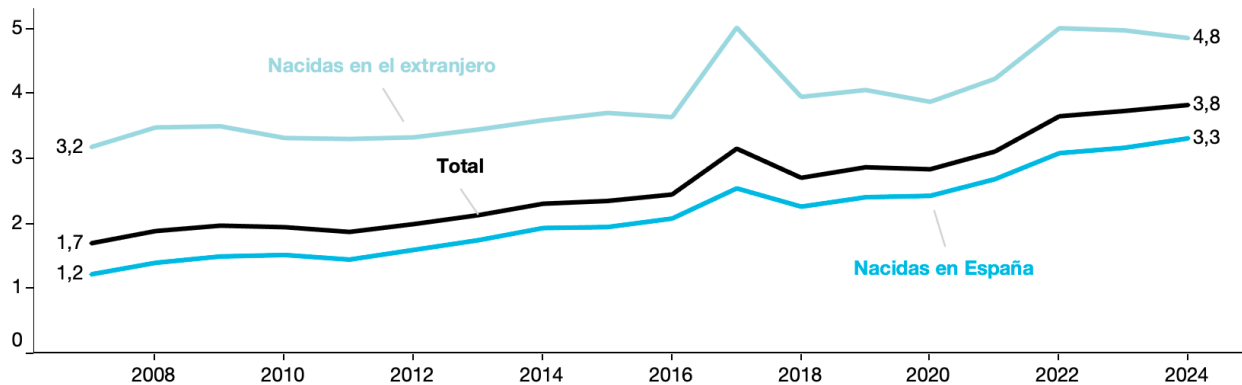


Madres solas por elección —o no—: tendencias de los últimos lustros

El dato

En 2024, según las cifras del Movimiento Natural de la Población del INE, el 3,3% de los nacidos vivos de madres nacidas en España se registró sin datos del padre¹, cifra que supone 7.014 nacimientos de un total de 212.191. Se trata de una proporción reducida, pero su evolución es llamativa, puesto que apenas ha dejado de crecer desde 2007, cuando se situaba en el 1,2% (**gráfico 1**).

Gráfico 1. Nacidos vivos sin datos del padre en los ficheros del Movimiento Natural de la Población % sobre el total. **España, 2007-2024, por lugar de nacimiento de la madre**



Fuente: elaboración propia con datos del Movimiento Natural de la Población (nacimientos), del INE.

En esta NOTA DE COYUNTURA SOCIAL analizamos la evolución de ese porcentaje como un indicio relevante, aunque imperfecto, del alcance y, sobre todo, del crecimiento de un fenómeno que suele denominarse monomaternidad elegida, maternidad en solitario o madres solas por elección. Nos referimos, en términos generales, a mujeres que han decidido emprender la maternidad sin la presencia cotidiana de un padre en la crianza de sus hijos².

¹ Lo mismo ocurrió en el 4,9% de las madres nacidas en el extranjero.

² Véase, como síntesis reciente de la bibliografía al respecto: Natalia Zamora-Martínez, Leda Pedelini, Gabriela Llanos y Salvador Mut (2025) "A systematic review on the demographics, motivations, and experiences of single mothers by choice", *Reproductive Health*, 22(1), 211. La ausencia de datos del padre ya fue utilizada como indicador de que el padre biológico no reconoce su paternidad o como indicador de "donante anónimo" en Teresa Castro y Clara Cortina Trilla (2018) "Madres sin pareja: un modelo familiar emergente", *Tiempo de Paz*, (130), 11-22.

El contexto

Este indicador no mide de forma directa, ni por sí solo, la maternidad en solitario como una opción elegida. Como se desprende de su variación por edad de la madre, y comprobaremos más adelante, probablemente recoge, al menos parcialmente, tres situaciones distintas asociadas a la maternidad en la que no hay datos del padre en el registro.

La primera correspondería a madres muy jóvenes, mayoritariamente con embarazos no planificados, quizá vinculados a relaciones de pareja breves y con escasas perspectivas de continuidad. Algunas de estas mujeres deciden seguir adelante con la gestación, previsiblemente apoyadas por una red familiar cercana. Podría tratarse, con frecuencia, de entornos de recursos modestos y valores más tradicionales. En otros momentos históricos, en muchos casos el padre habría asumido la paternidad y, probablemente, se habría casado con la madre. Hoy día, para una parte de los casos que capta este indicador la ausencia del padre se acepta o se considera preferible.

La segunda situación incluye a madres de edad relativamente avanzada, o incluso claramente avanzada, que culminan su deseo de tener hijos sin una pareja masculina, a menudo mediante técnicas de reproducción asistida. En sus trayectorias pueden confluír varias circunstancias, como la postergación de la maternidad por motivos laborales o la ausencia de una pareja idónea con la que formar una familia. También pueden encontrarse en este caso mujeres que han vivido relaciones de pareja con expectativas de estabilidad que finalmente no prosperaron sin haber llegado a tener descendencia. Tras esa experiencia, y ante el estrechamiento del margen biológico para la maternidad, algunas pueden haber optado por no supeditar su proyecto reproductivo a una nueva relación de pareja.

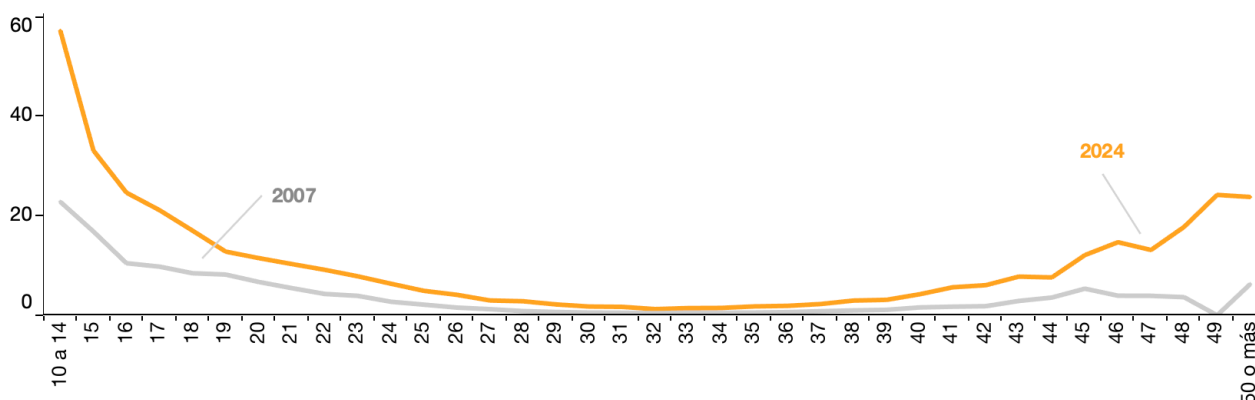
Una variante de este perfil sería la de mujeres más jóvenes que, anticipando un posible recorrido semejante, deciden adelantar la maternidad en solitario. En lugar de esperar a una edad más tardía, eligen iniciar antes ese proyecto familiar con el fin de reducir las incertidumbres biológicas y personales asociadas al paso del tiempo. Tanto en el caso general como en esta variante, se puede esperar que se trate de mujeres con ocupaciones y recursos que les permiten sostener, aunque sea con cierto grado de precariedad en no pocos casos, una vida autónoma, incluida la crianza en solitario.

La tercera situación corresponde a la de mujeres emparejadas con otra mujer. Una de ellas tiene un hijo, normalmente mediante técnicas de reproducción asistida y, lógicamente, no completa los datos del padre en el Boletín Estadístico de Parto. Este caso ayuda a explicar una parte de los nacimientos de madres casadas que no incluyen datos del padre, puesto que están casadas con otra mujer, no con un varón. Por edad, cabe esperar que estos casos se concentren más en edades intermedias, similares a las de las madres que conviven con parejas masculinas.

La evolución de los nacimientos sin datos del padre entre 2007 y 2024, observada según la edad de la madre, permite aproximarnos a la extensión de estos comportamientos. Para facilitar la comparación, se utilizan de nuevo solo los datos correspondientes a madres nacidas en España. El **gráfico 2** muestra que el porcentaje de nacimientos sin datos del padre sobre el total de nacimientos ha aumentado entre las madres de todas las edades, aunque los incrementos más intensos se concentran en los extremos, es decir, las madres más jóvenes y las de edad más avanzada. Dejando al margen las edades de 10 a 14 años, en las que los porcentajes son muy volátiles por el bajo número de casos, entre las madres de 15 años el porcentaje pasó del 16,8% al 33,1%. Es decir, aumentó 16,3 puntos porcentuales y prácticamente se duplicó. También se observan crecimientos muy notables entre las madres de 16 a 19 años, e incluso a los 20 años, con un incremento de 4,8 puntos porcentuales, equivalente a un aumento relativo del 71,5%. De esta dinámica se

Gráfico 2. Nacidos sin datos del padre

% sobre los nacidos en cada categoría de edad de la madre. España, 2007 y 2024



Nota: Solo madres nacidas en España.

Fuente: elaboración propia con los microdatos del Movimiento Natural de la Población (nacimientos), del INE.

podría deducir que la maternidad a edades tan tempranas (que se ha reducido mucho) ocurre cada vez más cuando se trata de embarazos no previstos.

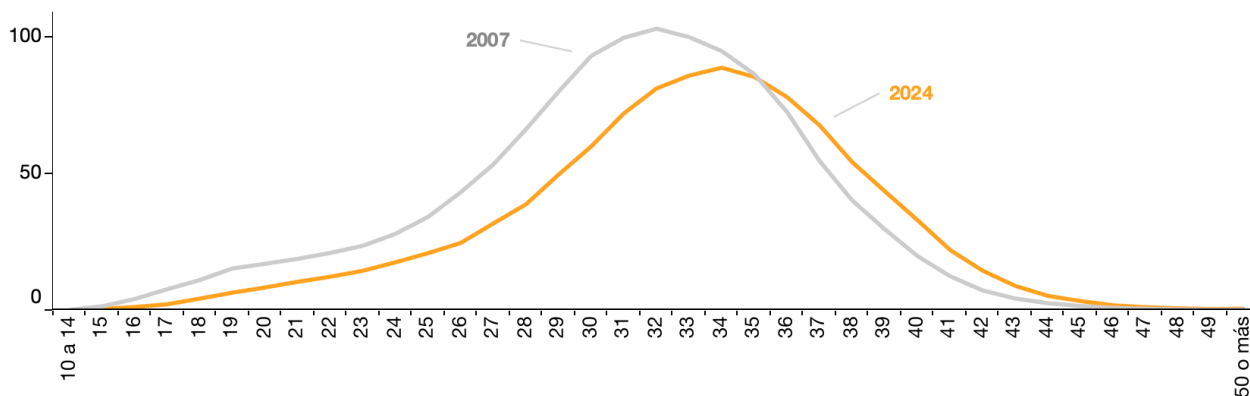
En las edades maternas más avanzadas, el aumento también es muy claro en términos absolutos, especialmente a partir de la segunda mitad de la treintena y, con más intensidad, entre las mujeres de 40 años o más. A los 44 años, por ejemplo, el porcentaje se ha duplicado: del 3,6% en 2007 al 7,6% en 2024. Entre las madres de 45 años o más, se ha triplicado, al pasar del 4,6% al 14,9%.

Que en las edades intermedias los aumentos en puntos porcentuales sean menores no significa que carezcan de importancia. En el grupo de 30 a 34 años, por ejemplo, el incremento medio es de 1 punto porcentual, pero eso supone triplicar el porcentaje, del 0,5% al 1,5%. Con todo, el avance en esas edades resulta menos visible y hace más difícil determinar cuánto está cambiando cada una de las tres situaciones descritas. Lo que sí parece claro es que la maternidad registrada sin datos del padre es mucho más frecuente entre las madres muy jóvenes y entre las de mayor edad.

Otra forma de observar estos cambios consiste en comparar las tasas específicas de fecundidad por edad de la madre, distinguiendo entre nacimientos “con padre” y nacimientos “sin datos del padre”. Esta comparación permite apreciar mejor la magnitud del cambio. La comparación de las curvas de fecundidad de los nacimientos “con padre” entre 2007 y 2024 (**gráfico 3**) no resulta sorprendente, porque coincide en lo esencial con la evolución general de la fecundidad. Las dos curvas tienen una forma similar, pero la de 2024 aparece desplazada hacia edades más tardías, alcanza un máximo inferior al de 2007 (88,5 nacidos por mil mujeres a los 34 años, frente a 102,8 por mil a los 32 años) y cubre una superficie menor, reflejo de que el Indicador Coyuntural de Fecundidad ha caído. En otras palabras, la maternidad se ha retrasado, pero ese retraso no ha compensado, por ahora, la caída del Indicador Coyuntural de Fecundidad en este segmento, de 1,244 hijos por mujer en 2007 a 1,047 en 2024.

En cuanto a los nacimientos “sin datos del padre”, la transformación de las curvas es mucho más acusada (**gráfico 4**). Los cambios apuntan a que se ha transformado de un fenómeno ligado a nacimientos no planificados en edades maternas jóvenes a un fenómeno mucho más protagonizado por las mujeres en edades más avanzadas y por propia elección. En 2007, la tasa máxima se registraba a los 19 años, con 1,35 nacidos por mil mujeres, y descendía casi sin interrupciones hasta alcanzar valores mínimos en las edades más avanzadas. En 2024, en cambio, la fecundidad sin datos del padre cae en las edades jóvenes, como ocurre

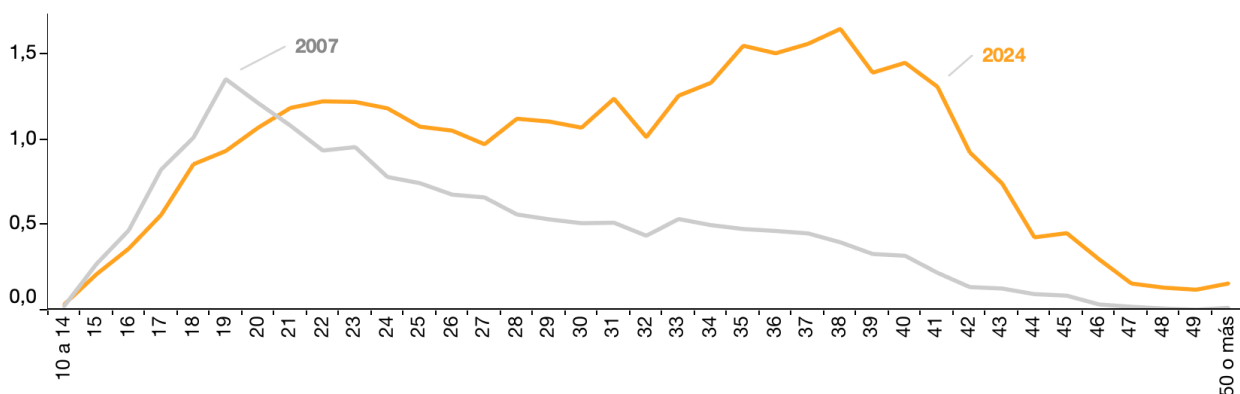
Gráfico 3. Tasa de fecundidad “paternal”: nacidos con datos del padre
% de la población de mujeres de cada edad. **España, 2007 y 2024**



Nota: Solo madres nacidas en España.

Fuente: elaboración propia con datos de la Estadística continua de población y de los microdatos del Movimiento Natural de la Población (nacimientos), ambos del INE.

Gráfico 4. Tasa de fecundidad no “paternal”: nacidos sin datos del padre
% de la población de mujeres de cada edad. **España, 2007 y 2024**



Nota: Solo madres nacidas en España.

Fuente: elaboración propia con datos de la Estadística continua de población y de los microdatos del Movimiento Natural de la Población (nacimientos), ambos del INE.

también con la fecundidad “con padre”, pero aumenta a partir de los 21 años. La curva adopta así una forma muy distinta: las tasas crecen hasta los 21 años, se mantienen relativamente estables hasta los 33 y vuelven a aumentar hasta alcanzar su máximo a los 38 años, con 1,65 nacidos por mil mujeres. A partir de esa edad descienden, aunque permanecen claramente por encima de los niveles de 2007.

Llama la atención que, si bien la fecundidad aumenta en las edades avanzadas tanto en la fecundidad “con padre” como en la de “sin padre”, el aumento relativo es claramente superior en el segundo caso. A los 40 años, por ejemplo, la fecundidad “con padre” crece alrededor de dos tercios, de 19,7 a 32,8 nacidos vivos por mil mujeres. A esa misma edad, la fecundidad “sin datos del padre” casi se quintuplica, al pasar de 0,32 a 1,45 por mil. A los 45 años ocurre algo parecido: la fecundidad “con padre” se duplica, de 1,5 a 3,3 por mil, mientras que la fecundidad “sin datos del padre” se multiplica por más de cinco, de 0,08 a 0,45 por mil. Es decir, aunque sigue siendo una forma de maternidad menos frecuente, su protagonismo en las edades reproductivas avanzadas es creciente.

En conjunto, el Indicador Coyuntural de Fecundidad calculable para las maternidades registradas sin datos del padre ha pasado de 0,018 hijos por mujer en 2007 a 0,034 en 2024. Es decir, ha pasado de equivaler al 1,4% del ICF de las mujeres cuyos hijos sí cuentan con datos del padre en el registro a representar el 3,2%.

Implicaciones

En esta NOTA DE COYUNTURA SOCIAL hemos tomado el aumento de los nacimientos registrados sin datos del padre como un indicio del crecimiento de las maternidades sin presencia cotidiana de un padre. Conviene subrayar, no obstante, que se trata de un aumento relativo, puesto que el indicador de fecundidad correspondiente sigue siendo muy bajo y estos nacimientos continúan representando una proporción muy pequeña del total.

No sostenemos que este indicador mida el alcance real de las madres solas por elección. Es probable que el fenómeno sea más amplio que el reflejado por los nacimientos sin datos del padre en el Movimiento Natural de la Población. Aun así, el indicador ofrece una pauta coherente por edad de la madre y puede resultar útil para captar tendencias recientes, algo que otras fuentes, como los Censos de población, permiten observar con mayor dificultad.

Desde esta perspectiva, parece claro que una parte del retraso de la fecundidad que se ha acumulado durante las últimas décadas se relaciona con que más mujeres tengan hijos sin datos del padre a edades avanzadas. Con menor nitidez, los datos también apuntan a un crecimiento de esta forma familiar en edades no tan tardías, en las que el padre está ausente, al menos en términos registrales, desde el nacimiento.

Por ahora, las distintas formas de maternidad en solitario pueden entenderse como parte o consecuencia de transformaciones sociales más amplias, tales como unas trayectorias formativas y profesionales más largas, el retraso de la convivencia en pareja y las mayores dificultades para encontrar una pareja considerada adecuada para un proyecto reproductivo. A ello se suma un contexto cultural e institucional más favorable que en el pasado, en el que el estigma asociado a la madre soltera se ha reducido notablemente, y en el que es mucho más fácil que en el pasado compartir la crianza con guarderías públicas o privadas, con cuidadores particulares o con el sistema de enseñanza formal.

La persistencia de las potenciales causas explicativas del mayor peso de la maternidad tardía en solitario apunta a que podría seguir creciendo, al menos a medio plazo, y que también puede aumentar, aunque de forma todavía limitada, entre mujeres más jóvenes que anticipan dificultades futuras para ser madres. Esta ampliación de opciones añade diversidad al paisaje familiar y ofrece nuevas alternativas a quienes desean tener hijos.

Conviene, no obstante, formular esa tendencia con cautela. La maternidad en solitario no siempre es una opción sencilla, incluso cuando se cuenta con autonomía económica y apoyo familiar. La crianza concentra responsabilidades, tiempos y costes en una sola persona, y, como es sabido, los hogares monoparentales son especialmente vulnerables. En España, de hecho, las tasas de pobreza y exclusión de estos hogares figuran entre las más elevadas y se sitúan por encima de las de otros tipos de hogar. En 2025, por ejemplo, el porcentaje de hogares monoparentales en situación de carencia material severa alcanzaba el 16,9%, es decir, más del doble del correspondiente al total de la población (7,6%). Cabe señalar, asimismo, que aunque los hogares monoparentales suelen presentar niveles de carencia material superiores a los de otros tipos de hogar en la mayoría de los países europeos, la intensidad de esta vulnerabilidad es especialmente elevada en España, que se sitúa entre los países de la Unión Europea con peores registros en este indicador. Aunque cabe imaginar que los hogares monoparentales por elección cuentan, en promedio, con una posición económica más favorable que el conjunto de los hogares monoparentales, esos datos recuerdan el elevado nivel de exigencia material que afrontan los hogares en los que la crianza recae sobre un único adulto.

Por eso, que existan más opciones no significa que esta vía pueda presentarse como una solución generalizable ni, aún menos, que pueda confiarse en ella la recuperación de la fecundidad. La maternidad en solitario es una elección legítima y viable para algunas mujeres, pero no deja de requerir recursos, redes de apoyo y condiciones materiales que no tienen por qué abundar. Su expansión, por tanto, debe interpretarse más como una señal de cambio en las formas familiares que como una vía capaz, por sí misma, de moderar sustantivamente la caída de la fecundidad.

Detrás del dato

Nuestra exploración del Movimiento Natural de la Población como fuente registral para aproximarnos a la maternidad en solitario podría haberse apoyado en otros indicadores disponibles, en principio, en los ficheros del MNP³. La elección del indicador utilizado responde a limitaciones concretas de esos datos.

Por una parte, podríamos haber tenido en cuenta el dato del domicilio del padre, recogido en el Boletín Estadístico de Parto, que pregunta si vive en el mismo domicilio que la madre o en uno distinto. A partir de esa variable, habría sido posible estimar, probablemente al alza, el porcentaje de “madres solas” como las que no comparten domicilio con el padre. Sin embargo, en el fichero de microdatos de 2024, en casi la mitad de los casos el valor de la variable correspondiente a esta pregunta aparece como valor perdido, por lo que los resultados conjuntos de tal variable son poco fiables. La razón, según consulta al INE, es que ese campo no aparece en los boletines que rellenan los hospitales y transmiten informáticamente al Registro Civil.

Por otra parte, se podría haber combinado el estado civil de la madre con su situación de convivencia en pareja de hecho. Así, “madres solas” serían las solteras, divorciadas o viudas que eligen “no” al contestar la pregunta “¿Convive en una pareja de hecho?”. Sin embargo, en la ficha de muchas madres solteras, divorciadas o viudas no parece haber respuesta a esta pregunta, por lo que también dudamos de que la respuesta “no” sea fiable.

Por estas razones, la ausencia de datos del padre en el Boletín Estadístico de Parto puede funcionar como un indicio razonable de las situaciones descritas en esta nota. En algunos casos, el padre puede ser conocido, pero estar fuera del horizonte vital de la madre hasta el punto de que sus datos no se incorporen al registro, quizá porque no ha reconocido al hijo. En otros, especialmente cuando ha habido reproducción asistida con donante anónimo, el padre es simplemente desconocido. Probablemente haya más casos de maternidad en solitario que los captados por este indicador; pero, como mínimo, este permite identificar aquellos nacimientos en los que no se consigna ningún dato del padre.

También habrá madres que no conviven con el padre porque acaban de separarse, porque nunca tuvieron previsto vivir juntos o por otras razones, pero cuyos hijos sí cuentan con datos paternos en el Boletín Estadístico de Parto. Los análisis habituales de familias monoparentales encabezadas por mujeres suelen incluir estos casos. Ahora bien, no son equivalentes a las situaciones en las que la ausencia del padre es completa desde el inicio, que son las que este indicador permite aproximar con mayor claridad.

³ En cuanto a los datos del Censo, su utilización para este análisis parece ineficiente para los objetivos de esta nota no solo porque su periodicidad decenal dificulta el análisis detallado de la tendencia, sino también porque ofrecen resultados difícilmente creíbles en el segmento de población de menos de 1 año, que es el que habría que tener en cuenta para estudiar la maternidad en solitario por elección. Según el Censo de 2021, un 23,2% de los menores de un año no vivirían con su padre (progenitor 2), lo que se nos antoja una cifra elevadísima como descripción de la realidad, y poco fiable, más aún si se tiene en cuenta que en un 6,8% de los casos tampoco vive con su madre (progenitor 1) (cálculos propios con el fichero de microdatos del Censo de personas de 2021). Estas cifras de no convivencia con el padre se mantienen a una distancia considerable de las reflejadas en la EPA. Cabe la posibilidad de que gran parte de esas ausencias se deban a la falta de empadronamiento del padre y/o de la madre en la vivienda en cuestión, ya que, en última instancia, la base del Censo de 2021 es el Padrón municipal, cotejado con otras fuentes administrativas para cerciorarse de la presencia en España de los empadronados en un domicilio.

